

**LAS DESAPARECIDAS DE LA IGLESIA:
DESENTRAMANDO HISTORIAS Y MEMORIAS DE MUJERES EN ARGENTINA**

María Soledad Catoggio
CEIL-CONICET / UBA

INTRODUCCIÓN

En América Latina, el impulso de hacer de la historia de las mujeres de la Iglesia algo más que “un chisme”, tal como la caracterizó Bidegain (2006, p. 40), tiene ya más de una década acumulada de trabajo. En esa línea, existe un conjunto de trabajos que, tanto desde el enfoque memorial como sociohistórico, ofrecen un cuadro panorámico del protagonismo de las mujeres en el catolicismo argentino y/o latinoamericano, desde los años veinte a los sesenta (Bidegain 2006; 2009; Touris, 2006; Catoggio, 2010; Pita, 2010; Barry, 2011; Anchou, 2013; Bianchi, 2015; Denuncio, 2019).

En cambio, el período de las dictaduras en América Latina ha sido menos trabajado desde esta perspectiva. Al respecto, es pionero el trabajo panorámico de Cubas (2018) sobre la vida religiosa femenina en Brasil en esa época. El caso argentino, en cambio, ha sido fundamentalmente objeto de estudios, tanto testimoniales, periodísticos, como académicos, que incluyen a las mujeres marginalmente, sin poner el foco en ellas (Mignone, 1986; Siwak, 2000; Verbitsky, 2006; Obregón, 2007; Dominella, 2010; Domínguez 2013; Catoggio, 2016; Santos, 2017 y Contardo, 2017). Finalmente, existe otro grupo de trabajos dedicados al caso emblemático de la desaparición de las monjas francesas, Alice Domon y Léonie Duquet, ocurrida entre el 8 y el 10 de diciembre de 1977, que tampoco problematizan la dimensión de género (Welty Domon, 1987; Cabrejas, 1997; 2016; Feld, 2012; Catoggio y Feld, 2020).

En este sentido, podemos decir que la historia de la represión a la Iglesia Católica se pensó desde una óptica fundamentalmente masculina. Desde esta óptica, la figura del mártir fue central para dar sentido a la represión y para instalar un deber de memoria de obispos, curas –e, incluso, religiosas– asesinados, detenidos y/o desaparecidos, recordados hoy como mártires; pero dejó en un cono de sombra a las catequistas, misioneras y/o maestras rurales católicas que, desde posiciones de mayor o menor relevancia, quedaron fuera del radar de la memoria. Mi propio trabajo se interrogó poco por las religiosas que, sin ser desaparecidas, fueron objeto de la vigilancia y la represión. Este vacío se profundiza aún más si consideramos su realidad numérica: ellas eran la población más numerosa de los elencos

dirigentes del catolicismo (obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas). Según estadísticas de 1974, publicadas en el anuario pontificio de la Santa Sede en 1975, las religiosas alcanzaban la cifra de 12.363 mujeres distribuidas por todo el país. Tal cifra contrasta con la población masculina de religiosos, sacerdotes y obispos que, para la misma época, sólo alcanzaba la suma de 8.957. Esta realidad numérica desentona con la escasa visibilidad pública de las religiosas como parte de una institución de larga tradición y legitimidad para amplios sectores de la sociedad argentina (Catoggio, 2016).

Por otra parte, como es sabido, la trama asociativa para denunciar las violaciones a los derechos humanos que se constituyó durante la última dictadura militar tuvo como uno de sus actores colectivos más visibles a organizaciones integradas exclusivamente por mujeres, o con una alta participación de ellas. Estas asociaciones fueron creadas para denunciar públicamente y dar contención a la angustiosa situación de las víctimas y familiares de detenidos y desaparecidos del terrorismo de Estado. Madres de Plaza de Mayo es quizás el caso emblemático.

Aun cuando, como sabemos, la condición femenina no era salvoconducto frente a la represión estatal, coyunturalmente los actores en situación entendieron que el corte de género era una barrera protectora a la hora de salir a la calle. Con este horizonte, la Madres y, luego, también las Abuelas de Plaza de Mayo hicieron propio el espacio público y relegaron a sus maridos al ámbito seguro de lo privado. En sus orígenes, estas reuniones de mujeres no recuperaron como referente identitario a los movimientos cohesionados en torno a demandas feministas –existentes en el país desde comienzos del siglo XX– sino que reforzaron la identidad mayoritaria entre ellas de madre católica que traían de sus hogares (cfr. Krier, 2008). El núcleo originario que inició sus actividades en la Iglesia Santa Cruz no solo estaba integrado por madres, como dijimos, sino también por, al menos, una monja, Alice Domon, desaparecida junto con María Ponce de Bianco, Azucena Villaflor de Vicenti y Esther Ballestrino de Careaga. En contraste con el rol de las madres, extensamente trabajado, ha sido poco investigado el papel que desempeñaron las mujeres consagradas y/o laicas a la hora de hacer frente a la represión estatal. Frente a este vacío, cobra relevancia abordar este colectivo de mujeres religiosas.

En este marco, ¿por qué estudiar a las mujeres de la Iglesia durante la dictadura? ¿Quiénes integran este colectivo de “mujeres”? ¿Cómo abordarlas? ¿Cómo pensar a las mujeres religiosas en el seno de una institución por definición machista, que históricamente ofreció pocos lugares de decisión, dirigencia y visibilidad para la participación femenina?

A excepción de las “monjas francesas”, las religiosas, las catequistas y/o misioneras, víctimas de la represión estatal quedaron invisibilizadas primero por la misma institución, que no las reclamó como mártires. Así, ejemplos como el de Mónica Mignone son casos testigo: recordada como la “Hija de un ilustre militante de la Iglesia” (Siwak, 2000, p. 129) antes que por su identidad religiosa de “laica comprometida”. En parte, el problema de las cifras de las mujeres religiosas víctimas del terrorismo de Estado tiene este sesgo: aquellas que no tenían votos pasaron a la historia como mujeres desaparecidas sin más, y no como religiosas, por su misma invisibilidad institucional. En el caso de las religiosas, sus historias –salvo casos de represión flagrante– quedó subsumida bajo el anonimato de la pertenencia a estructuras institucionales lideradas por varones: el obispado, la parroquia e, incluso, sus propias congregaciones, siempre “acompañadas” de algún tutor eclesiástico, varón. En este contexto, este trabajo se propone sistematizar y analizar los casos conocidos hasta el momento de mujeres (religiosas y laicas) víctimas de la represión estatal con el objeto de analizar los modos en que son recordadas y homenajeadas y caracterizar las modalidades represivas de las que fueron objeto para ofrecer pistas de la relevancia de su estudio para futuras investigaciones.

LAS MUJERES DE LA IGLESIA OBJETO DE LA REPRESIÓN ESTATAL

Un primer rasgo común que observamos cuando analizamos la colección de casos recopilados hasta el momento de mujeres de la Iglesia víctimas de la represión estatal es que mayormente son objeto de la represión colectiva¹. Tanto las religiosas como las laicas eran maestras, catequistas, misioneras, esposas y monjas cuyos nombres propios emergen en los testimonios y memorias como parte de una dramática colectiva: la represión a un grupo juvenil católico, a un colegio, a una parroquia o institución religiosa y a la familia, concebida como prolongación de un matrimonio. En el caso de las laicas, a su vez, forman parte de grupos asociados a alguna figura del clero o congregación religiosa. Es decir, se trata de víctimas que, en su mayoría, no tenían notoriedad pública antes de ser objeto del accionar represivo. Este rasgo colectivo no es privativo de las mujeres sino común a los laicos (independientemente de si eran mujeres o varones). En cambio, el género sí hace diferencia entre el clero, donde las religiosas comparten el mismo anonimato de los laicos, a diferencia

¹ Nos referimos a una variedad de textos testimoniales, notas periodísticas, documentos de inteligencia, homenajes de memoria, listados de víctimas de organizaciones de iglesias y organismos de derechos humanos y entrevistas a informantes claves a partir de los cuales hemos reunido este conjunto de casos que, sin duda, deberá ser ampliado, corregido y profundizado por futuras investigaciones.

de muchos de sus pares varones (religiosos, sacerdotes y obispos) a los cuales la represión administró modalidades represivas diferenciales de acuerdo al grado de notoriedad pública de los actores en juego (cfr. Catoggio, 2016).

Contrariamente a lo que sucedió con la mayoría, las primeras formas de represión a las mujeres de la Iglesia que encontramos fueron dos casos de mujeres notorias por su compromiso católico: la maestra rural Norma Morello y la decana de la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica de Mar del Plata, María del Carmen Maggi. Ambas desapariciones fueron públicamente denunciadas por sus obispos y dieron lugar a distintas “salidas”: la liberación y la aparición del cuerpo asesinado. Ambos casos tuvieron un efecto ejemplificador y no volvieron a reeditarse. Sin embargo, con el tiempo, fueron más recordadas por sus trayectorias profesionales que por su activismo católico.

El caso de la maestra rural Norma Morello, recordada como una de las primeras desaparecidas y secuestradas entre 1971 y 1972, inicia esta serie de mujeres de la Iglesia objeto de la represión mucho antes de la dictadura. Siguiendo a Contardo (2017), se trata de una militante católica que formaba parte del Movimiento Rural de Acción Católica (MRAC), en Corrientes, perteneciente a la diócesis de Goya, bajo jurisdicción del obispo Alberto Devoto. Bajo el impulso de Devoto, se inició en cursillos para maestros rurales, luego fue impulsora del MRAC, pasó a integrar el equipo nacional y, más tarde, se incorporó al Secretariado Regional del Nordeste. Entre 1966 y 1969 fue convocada desde el Movimiento Internacional de la Juventud Agraria y Rural Católica para difundir su experiencia y viajó para colaborar con los obispos de Guatemala y El Salvador. A su regreso a la Argentina, en 1970, se instaló en el campo como maestra rural y en ese contexto fue secuestrada. El viaje por Centroamérica fue objeto privilegiado de presiones durante los interrogatorios que sufrió bajo tortura mientras estuvo secuestrada:

Tuve que repetir tantas veces, cientos y cientos, los objetivos del Movimiento Rural, mi intervención en los cursos, en Centroamérica, que me sentía como en carne viva. (Morello, 1972, p. 5)

Azarosamente o no, su trayectoria conecta tres territorios emblemáticos marcados por la represión a las religiosas. Por un lado, en Corrientes, las monjas francesas desaparecidas, Alice Domon y Leonié Duquet, formaron parte activa en la conformación del movimiento

rural y liguista del Nordeste². Allí, las religiosas experimentaron allanamientos en su casa y vivieron las desapariciones de varios jóvenes que trabajan con ellas (Folquer, 2018). Para ayudar a los familiares de esos desaparecidos en su búsqueda, las monjas decidieron viajar a Buenos Aires y Alice Domon se integró al grupo de familiares de la Iglesia Santa Cruz, objeto de los secuestros del 8 y 10 de diciembre de 1977. Por el otro, El Salvador y Guatemala fueron también, años después, países emblemáticos por la represión a religiosas Maryknoll, Ita Ford y Maura Clark, la ursulina, Dorothy Kazel, y la voluntaria laica Jean Donovan, violadas y asesinadas en 1980 y por el secuestro y tortura de la religiosa estadounidense, Diana Ortiz, también ursulina, en 1989, respectivamente. Más allá del azar, esto nos habla de circuitos compartidos por mujeres que causaron gran impacto internacional y se convirtieron en emblema de la represión bajo dictaduras (Klaiber, 1997; Catoggio y Feld, 2020).

Además de estas conexiones, el caso de Norma Morello reúne condiciones típicas que luego serían una pauta común de la represión a las mujeres de la Iglesia:

Me decían ‘Cuando salgas de aquí no vas a servir más como mujer para ningún hombre. Habla o te fundimos (...) Querían que reconociera que había tenido relaciones sexuales con curas³.

Las “acusaciones” sexuales bajo interrogatorio y/o violación, los rumores de inmoralidad registrados en los documentos de inteligencia y la puesta en circulación de esos rumores en el medio social donde esas mujeres se desempeñaban fueron herramientas habituales, utilizadas para desprestigiar a las religiosas y laicas. Como se supo más tarde, sin embargo, estas modalidades intimidatorias y represivas lejos de circunscribirse a las católicas, fueron comunes para la deshumanización de las mujeres detenidas-desaparecidas en general⁴. En 1976, Morello volvió a ser secuestrada, pero esta vez con su marido. Los interrogaron dos días acerca del testimonio dado durante su primer cautiverio y los soltaron. De allí partieron al exilio⁵.

El caso de María del Carmen Maggi, decana de la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica de Mar del Plata es también un caso de represión previo a la dictadura:

² Otro caso ligado a este fenómeno fue el de la entonces religiosa de las Hermanas del Niño Jesús, Guillermina Hagen, detenida en el marco de su compromiso con las Ligas Chaqueñas en 1973 (Lanusse, 2007: 92-134).

³ Idem, p. 3.

⁴ Las violaciones sexuales fueron tratadas en el Juicio a las Juntas de 1985 como parte de los tormentos físicos sufridos. Recién con la reapertura de los juicios a partir de 2003 comenzó a pensarse en la dimensión de género como una categoría específica de delito de lesa humanidad. Véase *Página 12* “Ser mujeres en la ESMA”, 12/07/2019.

⁵ *Página 12*, “Memorias de una maestra rural”, 15/10/2006.

su desaparición tuvo lugar el 9 de mayo de 1975. Maggi era la mano derecha del rector, el obispo Eduardo Pironio, ambos se resistieron al intento de unificación universitaria que proponía la Concentración Nacional Universitaria (CNU), de funcionamiento análogo al que desarrollaba la Triple A y entre cuyos miembros había varios funcionarios de la Universidad Provincial de Mar del Plata –que más tarde se convertiría en la Universidad Nacional de Mar del Plata⁶. Su cuerpo asesinado apareció en Mar Chiquita un día antes del golpe de Estado de 1976.

En ambos casos, tanto el de Morello como el de Maggi, se trata de mujeres fuertes, que eran “mano derecha” de dos obispos tempranamente estigmatizados de “rojos” y “comunistas” como fueron Alberto Devoto y Eduardo Pironio. Devoto visitó a Norma Morello en la cárcel y encabezó el reclamo por su liberación. Morello fue liberada el 5 de mayo de 1972 (Folquer, 2018). La repercusión pública ganada entonces fue más tarde excusa de amenaza y represión a otras mujeres católicas en Goya. Nidia Candia, docente del Instituto Superior del Profesorado “José Manuel Estrada” en Goya, fue secuestrada y torturada en 1976.

[El general Nicolaides] Me preguntaba qué enseñaba. ‘La pedagogía, la pedagogía –decía– se presta a meter cosas en la cabeza de los chicos’. Nicolaides dijo que el peligroso era en realidad Devoto, el “Obispo Rojo” [...] Mostraba una revista en cuya tapa estaba Devoto y Norma Morello (‘Primera Plana’), y decía: ‘Por culpa de Devoto están ustedes aquí’”, relató la testigo⁷.

En el caso de Pironio, él mismo fue señalado como comunista. En los preludios de la dictadura sufrió amenazas que motivaron su traslado a Roma, donde fue nombrado Cardenal y vivió hasta su muerte (Verbitsky, 2006, p. 42). Al caso de Maggi le siguieron otros del mismo entorno universitario y católico, pero estos pasaron a engrosar el listado de la modalidad de desaparición de personas que se volvería hegemónica a partir de la dictadura. Entre ellos, Laura Adhelma Godoy, secuestrada el 28 de Noviembre de 1977, era maestra, catequista y estudiante de Teología de la UCA. Estaba embarazada de 3 meses y desapareció junto con su marido Oscar de Angeli. Con Oscar se conocían de la UCA, donde también él estudiaba. Ambos eran militantes católicos y montoneros. Laura fue ingresada a la Base

⁶ Véase *Página 12*, “Un crimen que no se investigó”, 13/07/2008.

⁷ “Terrible y revelador testimonio sobre una docente torturada”. Disponible en http://www.sobretablas.com/notix/noticia_09664_terrible_y_revelador_testimonio_de_una_docente_torturada-1.htm#.XiC_mv5KjIU Acceso el 31/01/2020.

Naval de Mar del Plata, trasladada a la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA) para dar a luz y devuelta a Mar del Plata⁸.

Salvando estas excepciones, las mujeres de la Iglesia son recordadas como miembros de colectivos más amplios de laicos. Se trata de grupos o jóvenes articulados en torno a diversos entramados institucionales: diócesis, parroquias, colegios y/o congregaciones específicas. Entre ellos se destacan, por la función que cumplen dentro de sus pequeñas comunidades antes que por sus trayectorias personales: catequistas, misioneras, maestras católicas, esposas e hijas.

Los grupos parroquiales: catequistas y esposas

Entre los grupos más significativos de los entornos parroquiales, encontramos el grupo de jóvenes de la Parroquia Santa María del Pueblo, del Bajo Flores, ubicada en la villa de emergencia 1-11-14. Este grupo de jóvenes fue secuestrado el 14 de mayo de 1976 como parte de un operativo más vasto que incluyó la desaparición posterior de los sacerdotes jesuitas Francisco Jalics y Orlando Yorio, ocurrida pocos días después, el 23 de mayo. En el grupo desaparecido, predominaban las mujeres: Mónica Mignone, Beatriz Carbonell, María Marta Vázquez Ocampo, María Ester Lorusso Lammle y Mónica Quinteiro ex religiosa de la congregación de las Hermanas de la Misericordia. Junto con estas cinco mujeres, desaparecieron dos varones: Horacio Pérez Weiss (esposado de Beatriz Carbonell) y César Amadeo Lugones (esposado de María Marta Vázquez Ocampo). La desaparición del grupo incluye dos matrimonios, dos catequistas y una ex religiosa. Mónica Mignone y Marta Vázquez Ocampo se conocían del colegio La Misericordia, donde Mónica Quinteiro, entonces religiosa, las había convocado para hacer trabajo social y religioso. En el invierno trabajaban en el Bajo Flores y en los veranos iban a misionar al sur, allí conocieron a algunos jóvenes del Ateneo de la Juventud, entre ellos a Horacio Pérez Weiss y César Lugones. Además de la militancia católica, se supo después que algunos militaban en el movimiento villero peronista⁹. También se pudo comprobar que estuvieron secuestrados en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA).

Otro grupo de jóvenes objeto de la represión fue el de la Parroquia Nuestra Señora de la Unidad, de Olivos, en el distrito de Vicente López, y la capilla Jesús Obrero del barrio La

⁸ Baschetti, Roberto, "Laura Adhelma Godoy", en *Militantes del peronismo revolucionario uno por uno*. Disponible en <http://www.robertobaschetti.com/biografia/g/144.html>. Acceso el 30/01/2020; Página 12, "Los engranajes de la Marina", 23/08/2011.

⁹ Véase *Página 12*, "La desaparición del grupo del Bajo Flores", 18/04/2013.

Manuelita, cerca de San Miguel, que nucleaban a un grupo de jóvenes vinculados al sacerdote Jorge Adur, desaparecido el 1 de julio de 1980, los seminaristas Carlos Di Pietro, Raúl Rodríguez desaparecidos el 4 de junio de 1976 y el ex seminarista Juan Ignacio Isla Casares, asesinado el 4 de junio de 1976. Trabajaban en conjunto con las Hermanas del Divino Maestro (cfr. Domínguez, 2013). Se trata de María Fernanda Noguer de Villagra, secuestrada el 3 de junio de 1976, junto a su bebé Lucía Villagra (más tarde recuperada), Alejandro Sackmann, secuestrado el 29 de agosto de 1976, Esteban Garat y Valeria Dixon de Garat secuestrados más tarde el 27 de diciembre de 1977, Roberto van Gelderen, secuestrado el 31 de mayo de 1977, José Rafael Jasminoy, secuestrado el 11 de Noviembre de 1976 y Cristina Aldini (secuestrada en diciembre de 1978 y sobreviviente de la ESMA) y Ana Cristina Escudero y Fernando Escudero secuestrados el 28 de septiembre de 1976. Tenían distintas militancias políticas ligadas al peronismo de izquierda. Una porción de este grupo estuvo en la ESMA, se cree que como efecto dominó del secuestro previo del grupo anterior, vinculado a Jalics y Yorio (cfr. Domínguez, 2013) y otros en Campo de Mayo. La particularidad de este grupo es que fueron objeto de distintas oleadas represivas. A su vez, algunos de ellos, en especial Roberto van Gelderen, Juan Isla Casares y Alejandro Sackman tenían vínculos con la Fraternidad del Evangelio, en particular con Marcos Cirio, ex seminarista, desaparecido el 17 de Noviembre de 1976, en Tucumán (Rice y Torres, 2007: 204). Ligadas a la Fraternidad, fueron emblemáticas las desapariciones de Fátima Cabrera, catequista, secuestrada junto al sacerdote Patricio Rice (más tarde su pareja) en Villa Soldati el 11 de octubre de 1976 y los allanamientos sufridos por Ada D'Alessandro y Marta Garaygochea (ex religiosa de la Franciscanas Misioneras de María) que motivaron el exilio de ambas. Todos ellos habían integrado la vida en comunidad en la Boca, Ciudad de Buenos Aires. Por su parte, Nelly Sosa de Forti era docente y estaba muy vinculada a la Fraternidad de Barranca Yaco y a Arturo Paoli y fue también objeto del accionar represivo. Fue primero detenida con su marido, Alfredo Forti, en Tucumán, liberada y secuestrada nuevamente el 18 de febrero de 1977 junto a sus hijos y está desaparecida. Por último, Marita González, de la Fraternidad de Córdoba fue detenida junto a su marido Felipe González (ex seminarista) y a Nelio Rougier, sacerdote y desaparecido, primero en 1975 y luego entre 1976 y 1979. Como hemos demostrado en otros trabajos, hubo congregaciones, como Fraternidad del Evangelio que fueron objeto privilegiado de la represión estatal (cfr. Catoggio, 2016). La consideración de la represión a las mujeres de la Iglesia, que en este caso suman cinco, vuelve más significativa la represión a este grupo.

Un tercer colectivo de jóvenes católicos objeto de la represión estatal estaba nucleado en torno a la parroquia Nuestra Señora del Carmen, en Villa Urquiza. Este grupo estaba articulado en torno a la figura de Pablo Gazarri, sacerdote del clero postulante de Fraternidad del Evangelio, secuestrado el 8 de abril de 1977, llevado a la ESMA y arrojado al mar en uno de los llamados “vuelos de la muerte”. Dos días antes, el 6 de abril fueron secuestradas Susana Morás, docente y presidenta de la sección juvenil de la Acción Católica de Villa Urquiza y Susana Marco, militante católica y profesora en colegios católicos¹⁰. Esta última, al igual que Gazarri, pertenecía al movimiento *Cristianos para la Liberación*, nacido con el objeto de ser un frente de masas de Montoneros, de cuyo seno también fueron objeto de la represión Cecilia Juana Minervine Poo, también secuestrada en el barrio de Villa Urquiza el 10 de agosto de 1977. También pertenecían a *Cristianos para la Liberación*, Gertrudis Hlaczik, secuestrada junto a su marido, José Poblete, y la hija de ambos, Claudia Victoria Poblete (luego recuperada); y Mónica Brull secuestrada el 7 de diciembre de 1978 junto a su marido, Juan Agustín Guillén. Ambos matrimonios, además de ser activistas católicos, pertenecían al Frente de Lisiados Peronistas (Mignone, 1986, p. 194).

Las diócesis: religiosas y redes de jóvenes militantes

Entre los entornos diocesanos, donde emergen casos emblemáticos de represión a las mujeres, podemos mencionar el caso de Bahía Blanca. Siguiendo la reconstrucción de Dominella (2010), los grupos de jóvenes católicos estaban articulados en torno a una red de instituciones religiosas que incluían al Colegio salesiano Don Bosco y su profesorado, el Instituto Juan XXIII, el Pensionado Católico, al colegio de monjas La Inmaculada Concepción de María y la Escuela Nuestra Señora de la Paz (Villa Nocito), dirigidos por las Religiosas de la Compañía de María, Cáritas, La parroquia Nuestra Señora del Carmen y el centro Pastoral conocido como “La Pequeña Obra”, ubicado en la capilla de Santa María de los Apóstoles, coordinado por las religiosas Misioneras Cruzadas de la Iglesia, entre otros espacios. De estos ámbitos, fueron emblemáticos el asesinato de Carlos Dorniak, ocurrido tempranamente el 21 de marzo de 1975, los atentados a curas y monjas, luego de los cuales partieron al exilio (interno o externo): José Pepe Zamorano, la religiosa Norma Gorriarán, algunas religiosas Misioneras Cruzadas de la Iglesia, Hugo Segovia y el director de Cáritas, Néstor Navarro. Entre los jóvenes, la desaparición de Daniel Bombara, militante de la

¹⁰ Véase *Página 12*, “Homenaje en Villa Urquiza”, 24/09/2014.

Juventud Universitaria Católica, en diciembre de 1975, marcó el inicio de un accionar represivo con variadas modalidades, entre ellas: las desapariciones de Horacio Russin, Elizabeth Frers y Eduardo Ricci, dirigentes Scouts del centro pastoral La Pequeña Obra de Bahía Blanca (Dominella, 2010, pp. 84-87). A su vez, se produjo la desaparición de María Clara Ciocchini, “girl scout” de la Pequeña Obra y militante de la Juventud Estudiantil Católica, el 16 de septiembre de 1976 y, luego, de su hermana, Inés, quien compartió cautiverio en la ESMA con la mujer de Daniel Bombara (Entrevista a una religiosa de la Compañía de María, 2020). También fueron objeto de la represión María Eugenia González, desaparecida el 9 de Noviembre de 1976, embarazada de dos meses, junto a su marido Néstor Junquera, ambos militantes de la Juventud Universitaria Católica y de Montoneros. Frente a este escenario, muchos otros jóvenes que circulaban por estos espacios partieron al exilio (Dominella, 2010, p. 91-95). Según el testimonio de una religiosa de la Compañía de María, el atentado a Dorniak y a Gorriarán sucedidos el mismo día fueron parte de un operativo más amplio que incluyó el secuestro de la vice directora de la escuela de Villa Nocito, Nuestra Señora de La Paz, que administraban las religiosas, y del contador de Cáritas, un laico que trabajaba con ellas. El atentado a Gorriarán incluyó el allanamiento de la casa donde vivían cuatro hermanas de la Compañía de María: Inés Toterá, Ángeles Martín, María José Reyoso y Clara Temporelli. En una oportunidad previa, Temporelli y Martín habían sido objeto de interrogatorio por usar la *Biblia Latinoamericana* y Temporelli fue objeto de seguimiento y amenazas por parte de la fuerzas de seguridad, tiempo después en Buenos Aires. A su vez, para la misma época de comienzos de los setenta, sufrieron la intervención del colegio que tenían a cargo, lo que desarrollaremos más adelante (Entrevista a una religiosa de la Compañía de María, 2020).

Así también, las diócesis de La Rioja y de San Nicolás, donde la represión al clero alcanzó a sus obispos, Enrique Angelelli y Carlos Ponce de León (cfr. Catoggio, 2016) abundan los casos de represión a las mujeres consagradas. En La Rioja, encontramos a las religiosas como blanco represivo bajo distintas modalidades: el temprano allanamiento a las Religiosas de la Asunción en Aminga, en 1973, el hostigamiento a las hermanas de la congregación de la Inmaculada Concepción de Castres, conocidas como “las Azules”, las detenciones e interrogatorios a las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús (Catoggio, 2016, p. 258). En San Nicolás, las religiosas salesianas como las del Huerto fueron acusadas de comunistas por usar los libros de catequesis de la religiosa Beatriz Casiello y sufrieron la intervención de sus colegios (Entrevista con religiosa salesiana, San Nicolás, 2008).

Colegios e institutos de enseñanza: docentes, ex alumnas y materiales de enseñanza

Otras redes que condensan varios casos de represión a mujeres católicas están articuladas en torno a colegios e institutos de enseñanza religiosa. El Instituto Sagrado Corazón, de Castelar, provincia de Buenos Aires, perteneciente a las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, donde daba clases la religiosa francesa desaparecida, Léonie Duquet, inauguró recientemente un mural recordando a sus ex alumnas desaparecidas Graciela Maliandi, Adriana Villano, Selva Del Carmen Mopardo y Susana Pasini¹¹.

También ex alumna del Colegio Sagrado Corazón, pero en Villa Mercedes, San Luis, era Leonor Rosario Landaburu De Catnich, homenajeada recientemente por su militancia católica entre otras sanluisenías desaparecidas¹². Leonor era catequista, estaba embarazada de 7 meses y fue secuestrada el mismo día que su marido Juan Catnich, el 31 de agosto de 1977, y llevada a Campo de Mayo, donde fue vista por otros sobrevivientes (Mignone, 1986, p. 194).

Otros colegios, como el Marianista, homenajea entre sus ex alumnas desaparecidas a Virginia Monzani, secuestrada por el Ejército el 11 de febrero de 1977 junto a su marido Carlos Andisco, con quien tenía un hijo. Ambos formaban parte de los “grupos de misión” que viajaban a La Rioja, al pueblo de Guandacol, para hacer tareas de evangelización y trabajo social. Eran también militantes de la Juventud Peronista. Entre ellos también se encontraba Teresita Scianca, militante católica y de Montoneros, desaparecida el 31 de mayo de 1976. Más tarde, el 4 de marzo de 1978 secuestraron a su marido Germán Khun, al igual que a sus cuñados Luis, secuestrado el 2 de enero de 1978, y Guillermo Khun, asesinado el 19 de mayo de 1977. A este grupo pertenecía también Amalia María Larralde, esposa de Luis Kuhn, secuestrada el 15 de agosto de 1978, llevada a la ESMA y liberada el 9 de septiembre de 1979¹³.

A su vez, muchos colegios religiosos fueron intervenidos, hubo docentes cesanteadas y las religiosas objeto de la represión, vigiladas e interrogadas por sus métodos de enseñanza.

¹¹ *El Diario de Morón*, El Sagrado Corazón de Castelar inauguró un mural en memoria de las ex alumnas desaparecidas, 10/04/2017. Disponible en <http://moron.enorsai.com.ar/sociedad/28323-el-sagrado-corazon-de-castelar-inauguro-un-mural-en-memoria-de-ex-alumnas-desaparecidas.html>. Acceso el 31/01/2020.

¹² *El Corredor* “Homenaje a las sanluisenías desaparecidas durante la dictadura” 25/03/2019. Disponible en <https://www.elcorredornoticias.com/noticias/2019/03/25/6502-homenaje-a-las-sanluisenias-desaparecidas-durante-la-dictadura>. Acceso el 31/01/2020. Entre las “sanluisenías” se homenajea también a Valeria Dixon, ya mencionada, y se añade María Helena “Pancha” Harriague, militante católica de una parroquia de Río Cuarto, en Córdoba, presa política en la cárcel del Buen Pastor, de donde se fugó. Militaba en Montoneros y fue secuestrada-desaparecida en diciembre de 1976 en La Plata.

¹³ *Página 12*, “La tortura la llevaban Febres, Scheller y Astiz”, 31/10/2007.

Un temprano antecedente ocurrido los primeros días del mes de diciembre de 1975, lo constituyó el caso de la “Escuela Mamá Margarita”, de El Malleo, Neuquén, donde fueron detenidas seis personas, entre ellos, un sacerdote, Antonio Mateos, dos maestras y una celadora por poseer material impreso calificado de “subversivo”. Este caso desencadenó un fuerte cruce público entre el obispo Jaime de Nevares y el Gral. Buasso que se extendió durante el mes de diciembre de 1975 (Mignone, 1986, p. 193)¹⁴.

Por su parte, la religiosa Clara Yañez fue objeto de vigilancia reiterado, por su método de enseñanza “Educación y Liberación”, tanto en el Colegio de las Religiosas del Sagrado Corazón en Coronel Pringles, provincia de Buenos Aires como en el Instituto Educativo “San Francisco de Asís”, de la congregación de los Capuchinos, en Villa Elisa, La Plata (Catoggio, 2016; Santos, 2017).

También el Instituto de Cultura Religiosa Superior (ICSR), ubicado en pleno barrio de Recoleta, en la Ciudad de Buenos Aires, fue blanco de diversos atentados. El ICSR fue un centro intelectual ecuménico de mucha efervescencia en los años sesenta y setenta, perteneciente a las religiosas del Divino Maestro, también presentes en el barrio La Manuelita, en San Miguel, antes mencionado. El lugar fue allanado, ametrallado en su frente y estalló una bomba en la entrada de la sala de teatro que pertenecía al mismo instituto (Barral, 2016).

En Corrientes, Paso de los Libres, la religiosa Lidia Cazzulino, profesora del Instituto del Niño Jesús, fue inhabilitada por resolución del 23 de septiembre de 1976 en base a una denuncia por la “orientación postconciliar” de su catequesis (Mignone, 1986, p. 155).

Dos años más tarde, el libro de catequesis de la hermana Beatriz Casiello, perteneciente a la congregación de Hijas de María Auxiliadora, editado por la editorial Guadalupe, fue objeto de una campaña mediática iniciada por el diario *La Razón*, el 9 de septiembre de 1978, donde se lo acusaba de “estar infiltrado por ideas tercermundistas y guerrilleros”. Esta campaña tuvo eco en el Ministerio del Interior, en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y en el Ministerio de Educación que decretaron la prohibición del libro para la provincia de Buenos Aires (Invernizzi y Gociol, 2002, pp. 193-210).

¹⁴ *La Nación*, “La detención de seis personas en Neuquén”, 8/12/1975.

VIGILANCIA Y REPRESIÓN: INSTITUCIONES, ENTORNOS Y MATERIALES BAJO SOSPECHA

Como vimos, las laicas fueron objeto de la represión en el marco de grupos más amplios: grupos parroquiales, entornos diocesanos y redes colegiales. A veces, los operativos de secuestro se concentraron en uno o unos pocos días, como en el caso del grupo de Bajo Flores, de parte del grupo de Villa Urquiza y de Olivos, para dar algunos ejemplos. Otras veces, se trató de oleadas represivas que fueron mermando los grupos en distintas coyunturas de la dictadura, como pudo reconstruirse con el tiempo para el caso de Olivos y Bahía Blanca, por ejemplo. Otra pauta recurrente fue la represión a “matrimonios” que, en algunos casos, alcanzó también a los hijos, cuando las mujeres estaban embarazadas o en casos como el de Nelly Sosa de Forti. En el caso de las laicas, en una porción significativa de ellas, sus múltiples militancias políticas, mayormente vinculadas al peronismo de izquierda, armado y no armado, opacaron su compromiso previo con el activismo católico, aun cuando muchas de ellas seguían desempeñando su rol de catequistas, misioneras, maestras católicas, al momento de su desaparición.

En el caso de las religiosas, fueron objeto de vigilancia sistemática al igual que sus pares varones. Tanto la vigilancia como la represión de que fueron objeto tuvo características particulares. Esto demuestra que la racionalidad represiva, lejos de ser impersonal y arbitraria en la administración de sus distintas modalidades (incluida la vigilancia), se ajustó o tuvo conexiones de sentido con el perfil de las víctimas (Catoggio, 2016). Para las religiosas, encontramos que la vigilancia fue más institucional que individualizada. Este rasgo institucional de la vigilancia cobra sentido si consideramos el carácter más anónimo de las religiosas, aún de aquellas que encarnaron trayectorias contestatarias análogas a sus pares varones. Cuando lo hicieron, en general no asumieron compromisos políticos (políticos-partidarios), ni la lucha armada como camino propio. Sus trayectorias se radicalizaron en distintos contextos de inserción: en gran medida en contacto con las poblaciones agrarias o en las villas miseria, pero también en los colegios, asumiendo líneas de “Educación Popular Liberadora”, siguiendo la línea de Freire, que fue catalogada por las fuerzas de seguridad como “subversiva”.

A modo de ejemplo, ya iniciada la dictadura, el Departamento de Inteligencia de la Policía Bonaerense (DIPBA) espía, además de “sacerdotes para el tercer mundo”, colegios religiosos, instituciones parroquiales y asociaciones benéficas pormenorizadamente y

confecciona un legajo de 82 hojas oficio donde discrimina entre “infiltración marxista o de izquierda”, “ideología liberadora, tercermundista o ideología democrática”¹⁵.

Allí, entre los colegios sospechados de “tendencia liberadora” está el de las Hermanas Capuchinas Terciarias, de Daireaux, provincia de Buenos Aires, intervenido por “la circulación de la *Biblia Latinoamericana*” y el colegio San Francisco de Asís de Villa Elisa, también perteneciente a los Capuchinos, donde se desempeña como docente de la materia Estudio de la Realidad Social Argentina una religiosa, de “corriente tercermundista”. A su vez, consta que ha sido intervenido el colegio “Sagrado Corazón”, de Cnel. Pringles, provincia de Buenos Aires, y que la Dirección incurrió en desacato. El motivo de la intervención fue, nuevamente, la utilización por una de las religiosas del “método pedagógico educación y liberación”. Siguiendo a Santos (2017), se trata en este caso del seguimiento a la religiosa Clara Yañez, docente primero del colegio San Francisco de Asís y, luego, del Sagrado Corazón. Sin embargo, como argumentamos, el foco de la vigilancia se pone en la institución antes que en la trayectoria de la religiosa.

En ese mismo legajo, se incluye al colegio “Nuestra Señora de la Misericordia”, ubicado en San Nicolás, provincia de Buenos Aires, donde consta que fue detenida “una docente por vinculaciones con elementos subversivos” y al colegio “La Inmaculada”, de Bahía Blanca, dirigido por las Hermanas de la Compañía de María, cuyo profesorado, señalan “califica como de infiltración de izquierda moderada”. Por último, se informa que en el colegio de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de Castres, conocidas como las “monjas Azules”, de San Clemente del Tuyu, provincia de Buenos Aires, fue removida la Hermana Superiora anterior y la actual es también sospechada de estar enrolada en la “corriente tercermundista”. La sospecha se funda en su negativa a facilitar a la policía lugareña el listado de las autoridades y profesores del Instituto.

Como vemos, el foco está puesto en los colegios y en la modalidad de enseñanza antes que en mujeres religiosas concretas. Estas solo son individualizadas en casos muy específicos de desobediencia ya sea de órdenes explícitas, como dar el listado del personal, o por usar métodos o materiales de enseñanza prohibidos o considerados subversivos. Tal es el caso de Ivonne Pierron, también monja francesa, compañera de las desaparecidas Alice Domon y Léonie Duquet, quien cuenta que fue detenida en 1977 en Perogorría, Corrientes por poseer

¹⁵ Archivo DIPBA, Mesa DE, Legajo N° 1672, “Entidades religiosas. Varios. Trabajo sobre Obispos (Ideología). Sacerdotes del Tercer Mundo (Antecedentes). Instituciones parroquiales y colegios religiosos”, 1977. La Mesa DE correspondía a entidades religiosas y comunales.

la *Biblia Latinoamericana* (Pierron, 2009, p. 34). También fue el caso de Ángeles Martín y Clara Temporelli, de la Compañía de María, del Colegio la Inmaculada de Bahía Blanca¹⁶.

A su vez, el legajo pone de manifiesto que hubo congregaciones femeninas más afectadas por la sospecha y accionar represivo que otras: las “monjas azules”, que asumieron protagonismo en la Rioja y fueron sospechadas en San Clemente del Tuyú; las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, vigiladas en La Rioja y en Castelar; las Hermanas de la Misericordia, donde se había formado parte del grupo de mujeres, Mónica Quintero, Mónica Mignone y María Vázquez Ocampo, secuestradas en el Bajo Flores y en cuyo colegio de San Nicolás es detenida una docente sospechada de subversión; la Fraternidad del Evangelio, donde al menos cinco mujeres sufrieron amenazas o represión en forma directa; las religiosas del Divino Maestro, cuyo centro de formación intelectual fue ametrallado y las de la Compañía de María, para citar algunas.

De manera sugerente, también en el caso de las monjas francesas emerge la sospecha más que por sus individualidades por la congregación a la que pertenecen. Ya desaparecidas, a comienzos de enero de 1978, encontramos un cable entre los documentos desclasificados del Departamento de Estado Norteamericano que documenta una conversación sostenida entre un empresario, Tomas Ornstein, presidente de Coca-Cola, y el Cónsul general de la Embajada norteamericana, Goodwin Shapiro. Allí, el empresario que dice tener información valiosa, brindada por personal de seguridad privada de su empresa, que son ex servicios de inteligencia de la Armada, argumenta entre los móviles del secuestro el hecho de que las monjas “pertenecían a una congregación izquierdista”. De hecho, para reforzar el argumento, comenta que uno de los empleados tiene una hermana que pertenece a la misma congregación y que ella misma considera que la congregación es de izquierda¹⁷.

El otro gran foco de espionaje a las mujeres consagradas es como partícipes de movimientos de derechos humanos, como el Movimiento Ecuménico de Derechos Humanos (MEDH). Así la DIPBA registra la participación y/o envío de adhesiones a las celebraciones ecuménicas por los derechos humanos de la Superiora de las Hermanas Auxiliares Parroquiales, las Hijas de María Auxiliadora, las Hijas del Divino Salvador, La Compañía de María, las Religiosas del Sagrado Corazón, de Castelar, entre otros. Estos registros cobran

¹⁶ Entrevista religiosa de la Compañía de María, 12 de Enero de 2020.

¹⁷ Argentina Project. US. Dep. of State. “Memorandum of conversation. Information concerning the disappearance of the two french catholic nuns”, 16/01/1978.

mayor relevancia si tenemos en cuenta que una de las monjas francesas, Alice Domon, participaba como secretaria del MEDH al momento de su desaparición¹⁸.

Además de la vigilancia, encontramos que la mayoría de los casos de represión a las religiosas fue, antes que por su activismo contestatario y/o político, por autoría o uso de libros, ediciones de la biblia o materiales pedagógicos considerados “subversivos” o por su activismo humanitario. Es decir, se convirtieron en víctimas de la represión solo en la medida en que asumieron roles activos en la defensa de otras víctimas. Tal fue el caso de la religiosa francesa Alice Domon, que como ya mencionamos viajó a Buenos Aires para ayudar a los familiares de desaparecidos de Perugorria y, en ese marco, se incorporó al MEDH y al grupo de la Iglesia de la Santa Cruz. Fue también el caso de las religiosas del Sagrado Corazón y del Divino Maestro de la diócesis de La Rioja, detenidas cuando viajaban a Buenos Aires para entregar al Nuncio, Pio Laghi, unas cartas de Angelelli, donde denunciaba las distintas detenciones y situaciones de persecución al clero de La Rioja¹⁹. Otras, en cambio, ganaron protagonismo en el mundo humanitario después de experimentar en carne propia o en su entorno más próximo la represión estatal. Tal fue el caso de la religiosa francesa Ivonne Pierron y de Ada D'Alessandro, de Fraternidad del Evangelio, con sus activismos entre los exiliados latinoamericanos en Francia, y el de Joan Mc Carthy, la religiosa norteamericana que estaba de visita cuando secuestraron a los religiosos y curas de la Salette en Córdoba, cuyo testimonio fue clave para su liberación.

UNA PISTA A SEGUIR: EL DESTINO COMÚN REPRESIVO

Muchas de estas mujeres y varones de la Iglesia, incluido el clero, compartieron el destino represivo. Paradójicamente (o no), Mónica Mignone y el grupo religioso que he mencionado, incluidos los sacerdotes Francisco Jalics y Orlando Yorio, compartieron el mismo destino que las monjas francesas, Alice Domon y Leonie Duquet: la ESMA²⁰. Una sobreviviente de ese centro clandestino de represión, Silvia Labayrú, narró en su testimonio en la Causa 1270 (9/6/2010), que el marino (teniente de fragata) Alfredo Astiz, integrante del grupo de tareas GT 3.3.2 que funcionaba en la ESMA, y quien -como se supo más tarde- se infiltró en el grupo de madres y familiares de la Iglesia Santa Cruz -a donde también concurría

¹⁸ DIPBA, Mesa DE, Legajo 285, Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos, “Transcripción Acto realizado en la Catedral de Morón, 2 de abril de 1977”.

¹⁹ Entrevista a Felicitas Mastropaolo, religiosa del Sagrado Corazón, 5 de abril de 2006.

²⁰ A diferencias de los sacerdotes Jalics y Yorio que, luego, fueron liberados, el resto de los y las mencionados está desaparecido.

Domon- y fue condenado por su responsabilidad en el secuestro, tenía experiencia de infiltraciones previas en el ámbito religioso: había estado infiltrado en al menos un Cónclave de la Asociación de Jóvenes Cristianos. También en Bahía Blanca la presencia de Astiz en la Base Naval Puerto Belgrano es recordada por las mujeres como Diana Diez, colaboradora de Cáritas, y por las religiosas de La Compañía de María que allí residían²¹. A su vez, según ellas, la vice directora de la Escuela Nuestra Señora de la Paz, de Villa Nocito, secuestrada el mismo día del asesinato de Carlos Dorniak, fue liberada al poco tiempo y se puso en pareja con uno de los represores, Santiago Cruciani, que luego se supo era uno de los principales torturadores de “La Escuelita”, cuyo alias era “Mario Mancini”. Cruciani aprovechó el vínculo para hacer trabajo de infiltración entre ellas y sus colegios y grupos de evangelización y promoción social. A través de él se conoció que muchos de esos militantes católicos de Bahía Blanca los tenía la Armada²². Del grupo de Olivos, María Fernanda Noguer, su hija Lucía, Jorge Carballo y Cristina Aldini fueron llevados a la ESMA. Según Domínguez (2013), Carballo fue interrogado allí acerca de las actividades del cura Adur. Según el testimonio de uno de los sobrevivientes de la ESMA, Raúl Cubas, también el sacerdote Pablo Gazarri estuvo secuestrado en la ESMA, donde fue brutalmente torturado y luego arrojado al mar en uno de los llamados “vuelos de la muerte”. Laura Adhelma Godoy, maestra y catequista fue llevada de la Base Naval de Mar del Plata a parir en la maternidad clandestina de la ESMA. Amalia María Larralde, del grupo misionero Marianista, compartió el mismo destino represivo.

Estas confluencias sumadas al desconocimiento de cuál fue el destino de muchos y muchas otras, ponen de manifiesto que la invisibilización de la identidad religiosa de muchas mujeres de la Iglesia maestras, catequistas y/o militantes católicas víctimas del terrorismo de Estado, operada en el olvido y/o el no reconocimiento de la propia institución eclesial, contrasta con la especialización religiosa de sus captores que reunieron a muchas de ellas – junto a otros católicos– en un destino común.

²¹ *Página 12*, “Memorias de Puerto Belgrano”, 25 de junio de 2006. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-69018-2006-06-25.html> Acceso el 31/01/2020; Entrevista a religiosa de la Compañía de María, 12 de Enero de 2020

²² *Página 12*, “Detuvieron al interrogador del Centro Clandestino La Escuelita”, 15/07/2006. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-69959-2006-07-15.html>. Acceso el 31/01/2020.

CONCLUSIONES

La historia de la represión a la Iglesia católica leída en clave de género permite recuperar una trama de actores que ha sido invisibilizada por la misma institución eclesiástica que no las reclamó como mártires. Se trata de una amplia red de mujeres que formaron parte de grupos parroquiales, entornos diocesanos y colegios que fueron foco de la vigilancia y represión estatal. La vigilancia y la represión a las religiosas y a muchas de esas maestras y catequistas –aunque no fue el caso de todas– se enfocó más en esas pertenencias institucionales y/o colectivas y en sus materiales de evangelización que en el carácter político-contestatorio de sus trayectorias personales. Como vimos para el caso de Norma Morello, a la hora de construir la “condición subversiva” de las mujeres de la Iglesia, se llevó a cabo todo un proceso de inflación semántica que enhebraba el supuesto “sustrato comunista de la orientación liberadora” con la acusación del ejercicio de una “sexualidad prohibida” – en su caso, tener relaciones con curas– asociada mecánicamente a la práctica o legitimación de la violencia política. En este aspecto, estas mujeres –con o sin votos– tuvieron un trato análogo al de otras mujeres que sufrieron la violencia sexual como una clase de tormento adicional y distintivo al resto de los sufridos dentro del circuito represivo. Paradójicamente fueron vigiladas, reprimidas e, incluso, hoy son recordadas por su condición de “esposas”, anteponiendo una vez más una institución, en este caso la del matrimonio, por sobre sus propios derroteros y atributos militantes. Por último, la confluencia de muchas de ellas –junto a otros pares varones– en el mismo destino represivo pone de manifiesto que la invisibilidad de la fueron objeto contrasta con la especialización religiosa de la que hicieron gala sus captores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anchou, A. (2013). La Revolución Silenciosa: ‘la opción por los pobres’ de las Religiosas de la Asunción y su acercamiento al peronismo 1966-1970. En Laverdi, R. y Mastrángelo, M. (Comp.), *Desde las profundidades de la historia oral*. Imago Mundi.
- Barry, C. (2011). Política y religión en la ayuda social del peronismo. *Temas de historia argentina y americana* 18, 113-138.
- Bianchi, S. (2015). Acerca de las formas de vida religiosa femenina. Una aproximación a la historia de las congregaciones femeninas. *Pasado Abierto* 1(1), 168-199.

- Bidegain, A. M. (2006). Otra lectura sobre las relaciones de hombres y mujeres en el catolicismo. *Sociedad y Religión* 18(26-27), 29-70.
- Bidegain, A. M. (2009). *Participación y protagonismo de las mujeres en la historia del catolicismo latinoamericano*. Editorial San Benito.
- Cabrejas, E. (1997). *Algo habrán hecho. Monjas francesas desaparecidas*. Ediciones de la Flor.
- Catoggio, S. (2010). Cambio de hábito: trayectorias de religiosas durante la última dictadura militar argentina. *Latin American Research Review* 45(2).
- Catoggio, S. y Feld, C. (2020). *Narrativas memoriales y reclamos diplomáticos a la dictadura militar: Francia y Estados Unidos frente al caso de las monjas francesas desaparecidas en la Argentina (diciembre 1977 – noviembre 1978)*. Pasado y Memoria.
- Contardo, M. F. (2017). Dos experiencias socioeducativas cristianas en Argentina y Brasil: el Movimiento Rural de Acción Católica de Argentina (1958-1972) y el Movimiento de Educación de Base de Brasil (1961-1967). [Tesis de maestría inédita.] UNSAM.
- Cubas, C. (2016). Do hábito à resistência: freiras em tempos de ditadura militar no Brasil. *Arquivo Nacional*.
- Denuncio, A. (2019). De la Congregación a la Fraternidad Misionera: las “Religiosas del Huerto” en el post concilio. *Sociedad y Religión* XXIX(52), 97-120.
- Dominella, V. (2015). El fermento en la masa. La juventud universitaria Católica en bahía blanca, entre la efervescencia. Política y la oleada represiva de la triple a (1968-1975). [Tesis de licenciatura inédita.] Universidad Nacional del Sur.
- Domínguez, F. (2013). La comunidad del padre Adur. Nuestra Señora de la Unidad y Jesús Obrero, iglesias perseguidas por la dictadura. *Primeras Jornadas de Historia Reciente del Conurbano Norte y Noroeste*. Universidad Nacional General Sarmiento.
- Floquer, C. (2018). A orillas del Tapocó: Alberto Devoto (Obispo de Goya, Corrientes). *Obispos de la Patria Grande, pastores, profetas y mártires*. CELAM
- Invernizzi, H. y J. Gociol. (2002). *Un golpe a los libros*. Eudeba.
- Klaiber, J. (1997). *Iglesia, Dictaduras y Democracia en América Latina*. Fondo Editorial.
- Krier, C. (2008) *Mujeres católicas en resistencia: las Madres de Plaza de Mayo y la transformación del rol de la mujer católica dentro de la sociedad argentina (1976-1983)*. Mimeo.
- Lanusse, L. (2007). *Cristo revolucionario. La Iglesia militante*. Vergara.
- Mastrángelo, M. (Comp.). (2013). *Desde las profundidades de la historia oral*. Imago Mundi.

- Mignone, F. (1986). *Iglesia y Dictadura. El papel de la iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*. Universidad Nacional de Quilmas - Editorial Mundi.
- Morello, N. (1972). *Mis días en el mundo del terror*. Mimeo.
- Obregon, M. (2007). La Iglesia argentina durante la última dictadura militar. El terror desplegado sobre el campo católico. En Perotin -Dumon, Anne (Dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Universidad Alberto Hurtado.
- Pita, V. (2010). De defensas, convivencias y conflictos: una aproximación a las relaciones entre las Hermanas de Caridad y las señoras de la Beneficencia pública. *III Jornadas de Historia de la Iglesia y la religiosidad en el NOA*.
- Pierron, Y. (2009). *Misionera durante la dictadura*. Planeta.
- Quiñones, A. (1999). *Del estado de perfección a seguir a Jesús con el pueblo pobre. El comienzo de la vida religiosa inserta en medios populares en la Argentina (1954-1976)*. CONFAR.
- Rice, P. y L. Torres (Comp.). (2008). *En medio de la tempestad. Los Hermanitos del Evangelio en la Argentina (1959-1977)*. Doble Clic.
- Santos, D. (2017). La participación de los ‘comunes y corrientes’ en la represión durante el gobierno militar en Argentina. Estudio de caso en Coronel Pringles. *XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*.
- Siwak, P. (2000). *Víctimas y mártires de la década del setenta en la Argentina*. Guadalupe.
- Touris, C. (2006). Entre Marianne y María. Los trayectos de las religiosas terciaristas en Argentina. *Biblioteca digital UNSAM*, Disponible en: www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/material/touris.pdf
- Verbitsky, H. (2006). *Doble juego. La Argentina católica y militar*. Sudamericana.
- Viñoles, D. (2014). *Las religiosas francesas desaparecidas: biografía de Alice Domon 1937-1977*. Patria Grande.
- Welty-Domon, A. (1987). *Sor Alicia, un sol de justicia*. Contrapunto.